

de Brunswick y á Clairfayt. El ejército corta los puentes á su retaguardia, se vuelve á poner en marcha y acampa en Dommartin, á cuatro leguas de Grandpré. Despertado dos veces durante la noche por alarmas esparcidas por la traicion ó por el miedo, Dumouriez monta á caballo dos veces, corre al rumor, se deja ver de sus tropas, las arenga, las tranquiliza, restablece el órden, hace encender grandes hogueras á cuyo resplandor los soldados se reconocen y reunen, y transmite á todos los corazones la confianza y la intrepidez de su alma. Por la mañana hizo dispersar por el general Duval una nube de húsares prusianos; estos húsares habian asaltado y puesto en derrota durante la noche el cuerpo del general Chazot, que se creyó atacado por todo el ejército enemigo. Los fugitivos, escapándose en todas direcciones, fueron á sembrar hasta Reims el terror de una derrota completa del ejército frances. El general, habiendo hecho coger por su caballería á algunos de estos fugitivos, los despojó del uniforme, les hizo afeitar la cabeza y las cejas, y los arrojó del campo, declarándolos indignos de combatir por la patria. Despues de esta ejecucion que castigaba la cobardía con el desprecio y que recordaba las lecciones de César á sus legiones, Dumouriez volvió á ponerse en marcha y entró el 17 en su campo de Sainte-Menehould.

## III

El campo de Sainte-Menehould, del cual el genio de Dumouriez hizo el escollo de los coligados, parece haber sido designado por la naturaleza para servir de ciudadela á un puñado de soldados patriotas contra un ejército innumerable y victorioso. Consiste éste en una llanura elevada, extension de cerca de una legua cuadrada precedida por el frente que daba al enemigo por una cañada cortada, estrecha y profunda, semejante al foso de una muralla, protegida por sus dos flancos, por la derecha por el cauce del Aisne, y por la izquierda por estanques y lagunas intransitables para la artillería. La retaguardia de este campo estaba asegurada por algunos brazos cenagosos del Aube. Al otro lado de estas aguas pantanosas y á sus orillas se elevaba un terreno sólido y estrecho que podia servir de asiento á un segundo campamento. El general reservó este segundo campo á Kellermann. Leña, agua, forrajes, harinas, carnes saladas, aguardiente y municiones traídas en abundancia por los dos caminos de Reims y Chalons, mientras que estuvieron libres, dieron seguridad al general y alegría al soldado. Dumouriez habia estudiado esta posicion en algunos momentos de descanso desde el campo de Grandpré, y se estableció en ella con la infalibilidad del golpe de vista de un hombre que conoce el terreno y que no duda del éxito. Un batallon se situó en el castillo escarpado de Santo Tomás, que limitaba y cubria su derecha; tres batallones y un regimiento de caballería en Vienne-le-Chateau; las baterías sobre el frente del campo, que enfilaban la cañada; su vanguardia se apostó sobre las alturas que dominan al otro lado de la cañada el arroyuelo de Tourbe, y algunos puestos esparcidos sobre el camino de Chalons para mantener el mayor tiempo posible sus comunicaciones con este pueblo, que era su arsenal y su punto de reunion. Tomadas estas disposiciones y establecido el cuartel general en Sainte-Menehould, en el centro del ejército, Dumouriez, inquieto por los rumores de su pretendida derrota esparcidos por los fugitivos de Grandpré hasta Paris, se ocupó en escribir á la

Asamblea. «Me he visto obligado—decia al presidente—á abandonar el campo de Grandpré. La retirada estaba verificada, cuando un terror pánico se esparció en el ejército. Diez mil hombres han huido de mil quinientos húsares prusianos. Todo ha sido reparado, y yo respondo de todo.»

Mientras que Dumouriez tomaba así posesion del último campo de batalla que quedaba á Francia, y disponia con anticipacion el punto en que Kellermann y Beurnonville debian reunirse al grueso de sus tropas para vencer ó sucumbir con él, la fortuna engañó otra vez su prudencia, y parecia complacerse en inutilizar su genio. A la noticia de la retirada de Grandpré, Kellermann, creyendo batido á Dumouriez y temiendo caer, aproximándose á la extremidad del Argonne, en las masas prusianas que suponía al otro lado del desfiladero, habia retrocedido hasta Vitry. Los correos de Dumouriez le llamaban por momentos; entónces avanzó de nuevo, pero con la lentitud de un hombre que teme una celada á cada paso. Kellermann no poseía el secreto de la fortuna de Dumouriez, y obedeció titubeando.

Por otro lado, el amigo y confidente de Dumouriez, Beurnonville, que avanzaba desde Rethel sobre Grandpré con el ejército auxiliar del campo de Maulde, habia encontrado á los fugitivos de los cuerpos de Chazot. Desconcertado por la relacion de la derrota completa de su general, Beurnonville se trasladó con algunos caballos sobre una colina desde donde descubria Argonne y los picos pelados que se extienden desde Grandpré á Sainte-Menehould.

Esto era en la mañana del 17, á la hora en que el ejército de Dumouriez desfilaba en Dommartin sobre Sainte-Menehould. Al aspecto de aquella columna de tropas que ondulaba en la llanura, y de la cual la distancia y la niebla impedian distinguir los uniformes y las banderas, Beurnonville no dudó que fuese el ejército prusiano que iba tras de los franceses. Persuadido de esto cambió de camino, redobló el paso y se dirigió sobre Chalons para reunirse á su general. Informado allí de su error por un ayudante de campo, Beurnonville no dió más que doce horas de descanso á sus tropas fatigadas, y llegó el 19 con los nueve mil hombres agueridos que de tan léjos traía al campo de batalla. Dumouriez, que creyó tener la victoria segura viendo á estos valientes soldados, á quienes él llamaba sus hijos y al cual ellos llamaban padre, fué á caballo á recibir á Beurnonville, y desde que la columna le apercibió, oficiales, sargentos y soldados, olvidando sus fatigas y agitando los sombreros en la punta de sus sables y bayonetas, saludaron con una inmensa aclamacion á su general en jefe. Dumouriez les pasó revista, llamó á los oficiales por sus nombres, y conoció por las caras á los soldados. Estos batallones y escuadrones, que con tanta paciencia habia formado, disciplinado y habituado al fuego durante las lentas contemporizaciones de Luckner en el ejército del Norte, desfilaron delante de él cubiertos con el polvo de una larga marcha, con los caballos flacos, los uniformes viejos, los zapatos rotos, pero con las armas completas y brillantes como en un dia de parada.

Cuando los oficiales del estado mayor asignaron á cada cuerpo su posicion, y las armas estuvieron en pabellones al frente de las tiendas, los soldados, más ansiosos de ver al general que de comer sus ramos, rodearon tumultuariamente á Dumouriez, unos acariciando su caballo, otros besando sus botas, éstos tomándole la mano y apretándose la familiarmente como si fuese la de un amigo, aquéllos

pidiéndole que los llevase pronto al combate, y todos haciendo resaltar en sus ojos y en sus fisonomías la adhesión familiar que un jefe querido de sus soldados cambia cuando quiere en heroísmo. Dumouriez, que conocía el corazón del soldado como buen veterano, fomentaba, en lugar de reprimir, con los ojos, la sonrisa y las manos esta familiaridad militar, que no quita nada al respeto y que añade cariño en las tropas. Les dió gracias, los animó y les dijo con oportunidad algunas breves y soldadescas expresiones, que transmitidas de boca en boca y de grupo en grupo, circularon como la seña de la alegría en el campo, y fueron á refluir hasta en el vivac de los batallones. Los soldados del campo de Grandpré, testigos de las señales de aprecio que los soldados del campo de Maulde daban á su general, sintieron crecer en ellos la confianza que Dumouriez empezaba apénas á conquistar. El exterior de cordialidad militar, la actitud, el gesto, las palabras de este hombre de guerra, tenían sobre las tropas tal imperio, que los dos campos, ansiosos de la preferencia de su jefe, rivalizaron en pocos dias por que les llamase á todos sus hijos. Su corazón era para sus soldados, y estos amaban á su jefe. Su entusiasmo era una necesidad para él, y lo excitaba con una mirada. Dumouriez manejaba á sus soldados, no como máquinas, sino como hombres.

El general no había hecho sino apearse del caballo, cuando Westermann y Thouvenot, oficiales de estado mayor de toda su confianza, fueron á anunciarle que el ejército prusiano en masa había traspasado el límite del Argonne y se desplegaba sobre las colinas de la Luna, al otro lado del Tourbe, al frente de su posición. Al mismo tiempo el joven Macdonald, su ayudante de campo, á quien había enviado la antevíspera sobre el camino de Vitry, venía á galope, trayéndole la deseada noticia de la aproximación de Kellermann, á quien se esperaba hacía tanto tiempo. Este general, á la cabeza de veinte mil hombres del ejército de Metz y de algunos miles de voluntarios de la Lorena, estaba á dos horas de distancia. Así la fortuna de la revolución y la de Dumouriez, secundándose una á otra, traían á una hora fija y á un punto marcado, desde las dos extremidades de Francia y del interior de Alemania, las fuerzas que debían atacar al imperio y las que debían defenderle. El compás y la regla no habrían determinado con más exactitud el instante y el punto de la reunión, que lo había hecho el genio previsor y la infatigable paciencia de Dumouriez. En el momento Dumouriez, replegando sus destacamentos aislados, se preparó á la lucha por la concentración de todas sus fuerzas esparcidas. El general Dubouquet, apostado en el desfiladero del Argonne llamado Chene-le-Populeux, y al que el ataque de Clairfayt en la Croix-au-Bois había cortado del ejército principal, se había retirado con sus tres mil hombres á Chalons. Al llegar á este pueblo, donde creía, como Beurnonville, reunirse á Dumouriez, no había encontrado más que diez batallones de federados y voluntarios venidos de París. Estos batallones, á la noticia de la retirada del ejército, se amotinaron contra sus jefes, cortaron la cabeza á algunos de sus oficiales, arrastraron á los otros, saquearon los almacenes del ejército, arrancaron las divisas de sus grados á los comandantes de las tropas de línea, asesinaron al coronel del regimiento de Vexin, que quiso defender sus charreteras, y por fin se desbandaron y tomaron confusamente y en tropel el camino de París, proclamando en todas partes la traición de Dumouriez y pidiendo su cabeza. Estos batallones eran los que habían ensangrentado durante su marcha las ciudades de Meaux, Soissons y Reims.

Dumouriez temió por el ejército el contacto y el contagio de semejantes bandadas, que sembraban la sedición por doquier que habían sido reclutadas. Los verdaderos soldados despreciaban á estos héroes de las calles, rezagados en el ejército, ardientes en el motin y cobardes en el combate. Dubouquet recibió orden de no hacerles caso, y de sacar solamente el pequeño número de jóvenes valientes á quienes un verdadero entusiasmo patriótico había hecho alistarse; debía reunirlos en reserva en Chalons, organizarlos, armarlos, aguerrirlos y tenerlos prontos, pero fuera del campo de Dumouriez.

El general Stengel, después de haber saqueado el país comprendido entre Argonne y Sainte-Menehould para quitar todos los víveres á los prusianos, se replegó al otro lado del Tourbe y se situó con la vanguardia sobre los cerros de Lyron, frente á las colinas de la Luna, en donde el duque de Brunswick se había establecido. El campo de Dampierre, separado del de Dumouriez por los brazos y lodazales del Aube, fué designado para Kellermann; pero sea que se engañase sobre su emplazamiento, sea que quisiese marcar su independencia en el concurso mismo con su colega, Kellermann traspasó el campo de Dampierre y situó su ejército entero, tiendas, equipajes y artillería, sobre las alturas de Valmy, delante del campo de Dampierre, á la izquierda del de Sainte-Menehould. El campamento de Kellermann, más próximo al enemigo por su izquierda, tocaba por su derecha á la línea de Dumouriez y formaba con el ejército principal un



Asesinatos en Reims.—Pág. 79.

ángulo entrante, en el cual el enemigo no podía arrojar sus columnas de ataque sin ser acibillado á la vez y por los dos flancos por la artillería de ambos cuerpos franceses. Dumouriez, apercibiéndose al instante de que Kellermann estaba demasiado expuesto y aislado sobre la meseta de Valmy, envió al general Chazot á la cabeza de ocho batallones y ocho escuadrones, para situarse detras de la altura de Gizaucourt, poniéndole á las órdenes de Kellermann, ordenando tambien al general Stengel y á Beurnonville desplegasen veintiseis batallones sobre la derecha de Valmy, en donde su golpe de vista le habia mostrado con anticipacion el punto de ataque del duque de Brunswick. El aislamiento de Kellermann se corrigió de esta suerte, y Valmy quedó enlazado por la derecha y por la izquierda con el ejército principal. El plan de Dumouriez, ligera y felizmente modificado por la temeridad de su colega, era completo. Este plan revelaba á primera vista la inteligencia del hombre de guerra y del hombre político. La cuestion era ya de cuarenta y cinco mil hombres con los noventa mil de la coalicion.

## IV

El ejército frances tenia su flanco derecho y su retirada cubiertos por el Argonne, inaccesible al enemigo y que se defendia por sus barrancos y sus bosques; el centro, erizado de baterías y de obstáculos naturales, era inexpugnable; el ala izquierda, avanzada en martillo, se destacaba sólo como para provocar el combate; pero sólidamente apoyada por la masa del ejército, todos los cuerpos podian circular alrededor de ella al abrigo del Auve y de los picos de Lyron, como en un camino cubierto. El ejército daba frente á la Champaña, teniendo detras aún el camino libre sobre Chalons y la Lorena. Víveres, refuerzos y municiones estaban asegurados en un país rico en granos y forrajes. En esta posicion, tan hábil y pacientemente premeditada, Dumouriez respondia á las dos hipótesis de la campaña de los coligados, y desafiaba el genio desconcertado ó gastado del duque de Brunswick.

«O los prusianos—decia—quieren combatir, ó querrán marchar sobre Paris. Si quieren combatir, encontrarán al ejército frances en un campo atrincherado por campo de batalla, obligados para atacar el centro á pasar el Auve, el Tourbe y el Bionne bajo el fuego de mis reductos, darán el flanco á Kellermann, que romperá sus columnas de ataque entre los batallones que descendan de Valmy y las baterías de mi ejército. Si dejan al ejército frances para aislarlo de Paris marchando sobre Chalons, el ejército, cambiando de frente, los seguirá engrosándose sobre el mismo camino de la capital. Los refuerzos del ejército del Rhin y los del Norte, que están en marcha; los batallones de voluntarios esparcidos, y que yo reuniré avanzando á través de las provincias sublevadas, elevarán el número de los combatientes á sesenta ó setenta mil hombres. Los prusianos, cortados en su base de operaciones, obligados á saquear para vivir en la árida Champaña, marchando por un país enemigo y sobre una tierra llena de emboscadas, avanzarán titubeando y debilitándose á cada paso. Cada paso me dará á mí nuevas fuerzas, y yo los alcanzaré al pié de Paris. Un ejército invasor puesto entre una capital de seiscientas mil almas que le cierra sus puertas y un ejército nacional que se interpone á su retaguardia, es un ejército deshecho. Francia se salvará en el corazon de Francia, en lugar de salvarse en las fronteras, pero se salvará.»

Así raciocinaba Dumouriez, cuando los primeros cañonazos de los prusianos, retumbando al pié de las alturas de Valmy, vinieron á anunciarle que el duque de Brunswick habia conocido el peligro de avanzar dejando detras de sí un ejército frances, y que atacaba á Kellermann.

No era, sin embargo, el duque de Brunswick el que habia mandado el ataque, era el rey de Prusia. Impaciente de gloria, cansado de las temporizaciones de su generalísimo, avergonzado de que sus banderas titubeasen ante un puñado de patriotas franceses, provocado por las instancias de los emigrados que le mostraban á Paris como el sepulcro de la revolucion, y el ejército de Dumouriez como una banda de soldados facciosos, envalentonados sólo al ver la inaccion del duque de Brunswick, el rey habia hostigado á éste para que atacase. El ejército prusiano, que el generalísimo queria desplegar lentamente desde Reims á Argonne y paralelo al ejército frances, recibió orden de trasladarse en masa sobre las posiciones de Kellermann. El 19 marchó á Somme-Tourbe, y pasó la noche sobre las armas. Se habia esparcido el rumor en el cuartel general del rey de Prusia de que los franceses meditaban retirarse sobre Chalons, y que los movimientos que se percibian en su línea no tenian otro objeto que ocultar esta marcha retrógrada. El rey se indignó de un plan de campaña que les dejaba siempre escaparse, y creyó sorprender á Dumouriez en la falsa posicion de un ejército que levanta su campo.

El duque de Brunswick, cuya autoridad militar empezaba á declinar por el poco éxito de sus precedentes maniobras, se valió en vano del general Kœler para moderar el ardor del rey: el ataque quedó resuelto definitivamente. El 20 á las seis de la mañana, el duque, puesto á la cabeza de la vanguardia prusiana, marchó sobre Somme-Bionne, con la intencion de desbordar á Kellermann y cortarle su retirada por la carretera de Chalons. Una niebla espesa de otoño flotaba sobre la llanura, en las gargantas húmedas por donde corren los tres rios, en los barrancos hondos que separaban á los ejércitos, y no dejaba sino los picos y cimas de las colinas libres á la luz de este océano de niebla. A la vista no habia más que un horizonte de algunos pasos ocultando enteramente los movimientos de ambos ejércitos. Un choque inesperado de la caballería de las dos vanguardias reveló en medio de estas tinieblas la marcha de los prusianos contra los franceses. Despues de algunos golpes rápidos y de algunos cañonazos, la vanguardia francesa se replegó sobre Valmy é informó á Kellermann de la proximidad del enemigo. El duque de Brunswick continuó su movimiento, llegó á la calzada de Chalons, la rebasó y desplegó sucesivamente el ejército entero á un lado y otro de este camino. A las siete se dispó la niebla repentinamente, y dejó ver á los dos generales su situacion recíproca.

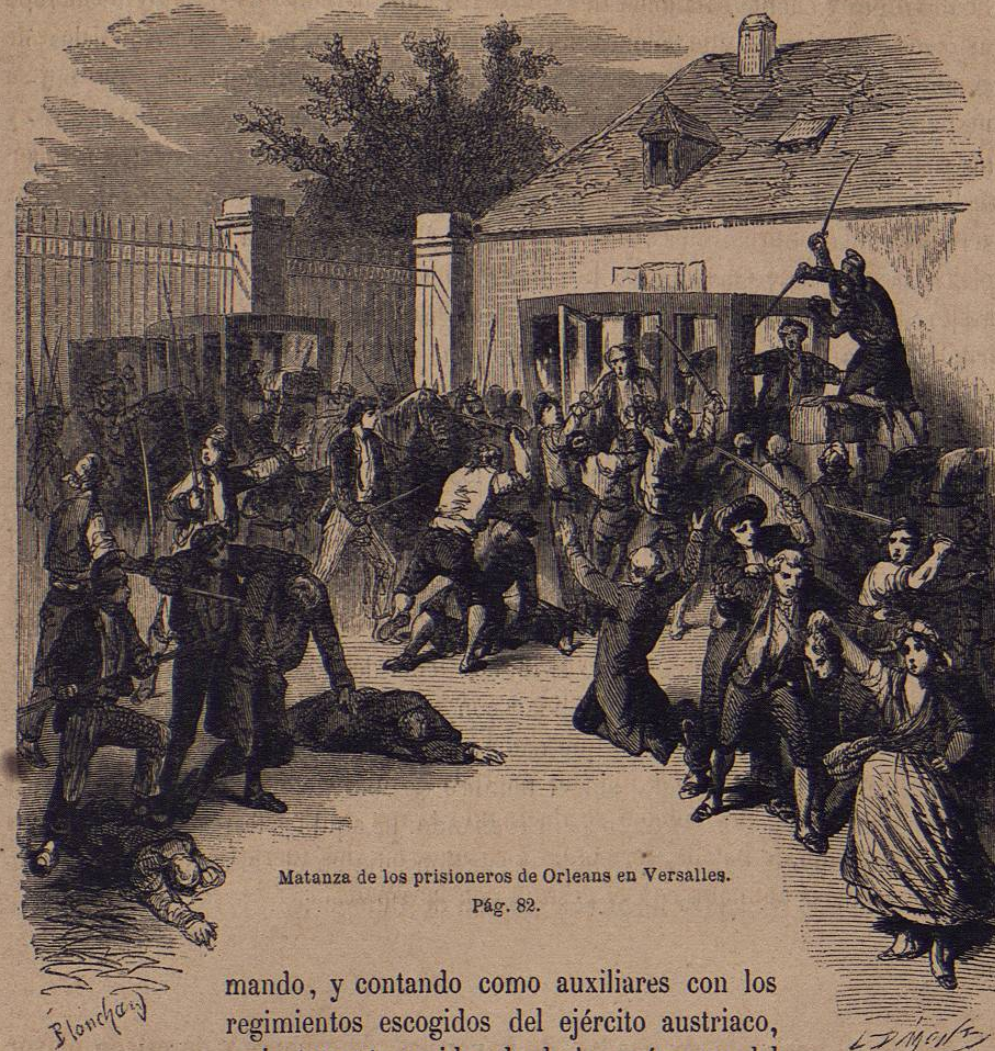
El ejército de Kellermann estaba hacinado en masa en la altura y detras del molino de Valmy; esta posicion aventurada se avanzaba como un cabo en medio de las líneas de las bayonetas prusianas. El general Chazot aún no habia llegado con sus veintiseis batallones para flanquear la izquierda de Kellermann. El general Leveneur, que debia flanquear su derecha y ligarla al ejército de Dumouriez, avanzaba con recelo y á paso lento, temiendo atraer sobre sí por la debilidad de sus fuerzas todo el peso de las masas prusianas que veia formadas en batalla delante de él. El general Valence, comandante de la caballería de Kellermann, se desplegó en una sola línea con un regimiento de carabineros, algunos escuadrones

de dragones y cuatro batallones de granaderos entre Gizaucourt y Valmy, ocultando así todo el intervalo que Kellermann no podía cubrir ó que le separaba de este general. Las líneas de Kellermann se formaron en el centro sobre las alturas, y su numerosa artillería cubría con sus piezas las orillas del molino de Valmy, centro y llave de su posición. Casi envuelto por las líneas semicirculares y siempre crecientes del enemigo, embarazado sobre esta elevación, demasiado estrecha para sus veintidos mil hombres, sus caballos, equipajes y cañones, Kellermann no podía desplegar la fuerza de su ejército. El choque que se preparaba se parecía más á un asalto de una brecha defendida por una masa de sitiados, que á un campo de batalla preparado para las maniobras de dos ejércitos.

Desde la cima de esta meseta veía Kellermann salir sucesivamente de la niebla blanquecina de la mañana y brillar á los rayos del sol la numerosa caballería prusiana, que desfilando por escuadrones y rodeando el montecillo de Gizaucourt, amenazaba envolverle como en una red si podía forzar su posición. Varios batallones de infantería costean también la meseta de Valmy. Habiendo formado el duque de Brunswick todo su ejército en dos líneas y concebido el plan de esta jornada, á eso de las diez se vió destacarse del centro y avanzar hacia las faldas de Gizaucourt y de la Luna una vanguardia compuesta de infantería, caballería y tres baterías. El duque de Brunswick, á caballo, rodeado de un grupo de oficiales, dirigió por sí mismo el movimiento. El ejército francés refuerza entonces sus nuevas líneas y llena el vacío que los cuerpos que tenía destacados dejaban en el centro. Con auxilio del anteojo se distinguió al rey de Prusia vestido de general, sobre un caballo de batalla, formando á retaguardia dos fuertes columnas de ataque, á las cuales animaba con el gesto y con la espada.

## V

Tal era el horizonte de tiendas, de bayonetas, de cañones y de estado mayor que se desplegaba á lo lejos sobre los picos blanquecos y en los barrancos de la Champaña el 20 de Setiembre á mediodía, precisamente á la misma hora en que la Convención, entrando en sesión, iba á deliberar sobre si Francia había de ser monárquica ó republicana. Por dentro y en el exterior, Francia y la libertad jugaban con la suerte. El aspecto de los dos ejércitos parecía indicar anticipadamente que el éxito de la campaña era contra los franceses. Contaban los prusianos con noventa mil hombres de todas armas, adiestrados en una táctica que era herencia del gran Federico, dirigidos todavía por sus tenientes, con una disciplina que convertía los batallones en máquinas de guerra, y que extinguiendo toda voluntad individual en el soldado, le hacía instrumento dócil del pensamiento y de la voz de sus oficiales; con una infantería cuya firmeza y unión la hacían tan sólida é impenetrable como una muralla de hierro; con una caballería montada en los magníficos caballos de la Frisa y del Mecklemburgo, los cuales por su docilidad á la brida, por su ardor moderado y por su sangre fría é intrépida, no se alborotaban ni con el estampido y el fuego de la artillería, ni con el choque de las armas blancas; con oficiales formados desde la infancia en la profesión de los combates, nacidos, por decirlo así, vestidos de uniforme, conociendo á sus tropas, conocidos y ejerciendo sobre el soldado el doble ascendiente de la nobleza y de la práctica del



Matanza de los prisioneros de Orleans en Versalles.  
Pág. 82.

mando, y contando como auxiliares con los regimientos escogidos del ejército austriaco, recientemente venidos desde las márgenes del

Danubio, en donde se habían aguerrido contra los turcos; con una nobleza francesa emigrada que contaba en sus filas todos los grandes nombres de la monarquía, y en las que cada soldado combatía por su propia causa y tenía una injuria que vengar, un rey á quien salvar, y una patria que reconquistar con la punta de su sable ó de su bayoneta; con generales prusianos discípulos todos de un rey militar, y obligados por su honor á mantener la superioridad de su nombre en Europa; con un generalísimo que Alemania proclamaba su Agamenon y que el genio de Federico cubría con un prestigio invencible; en fin, con un rey valiente, adorado de su pueblo, querido de sus tropas, vengador de la causa de los reyes, acompañado de los representantes de todas las cortes sobre el campo de batalla, y supliendo la inexperiencia de la guerra con una intrepidez personal que olvidaba el rango para no acordarse más que de su honor: hé aquí el ejército prusiano.

En el campo francés, por el contrario, no podía contarse sino con una inferioridad numérica de uno contra dos; con unos regimientos reducidos á trescientos ó cuatrocientos hombres por efecto de las leyes de 1790, que habían extinguido los enganches por dinero, privados estos regimientos de sus mejores oficiales por la emigración, que había arrastrado á más de la mitad á una tierra extranjera, y por la creación súbita de cien batallones de voluntarios, á la cabeza de los cuales